

opusdei.org

Amar todos los días

Artículo de Javier Palos
Villaroya, Vicario de la
Delegación de la Prelatura del
Opus Dei en Granada.

02/07/2016

Diario Sur Amar todos los días (PDF)

Toda jornada electoral se vive bajo los efectos de una invasión mental parecida –salvando las distancias– a la que sentimos si somos forofos de un deporte y nuestro equipo se la juega por la noche en un campo

difícil. Algo de esta invasión mental que experimentamos la mayoría de los españoles sucede en los medios de comunicación, en los que es muy probable que otros acontecimientos ‘menores’ pasen desapercibidos y no encuentren eco.

Se me ocurre pedir un espacio mediático y mental para recordar algo que, de no hacerlo, pasaría desapercibido y que, sin embargo, puede servirnos para los días más o menos grises venideros, para los días en que no suceda nada especial. Me refiero a un consejo que dejó escrito en su libro ‘Camino’, San Josemaría Escrivá de Balaguer, quien precisamente falleció un 26 de junio, en su casa de Roma, cuando atravesaba el umbral de su despacho y se desplomó con un paro cardíaco fulminante.

Este aragonés que se hizo sacerdote para poder escuchar mejor lo que le

intuía que Dios le pedía, y que era precisamente empezar el Opus Dei, nos dejó una sencilla receta de la santidad para los repetidos días de la semana, que a veces son siete de siete. El consejo es este: «¿Quieres de verdad ser santo? –Cumple el pequeño deber de cada instante: haz lo que debes y está en lo que haces.»

Un lema de campaña, o un punto de ‘Camino’, se dicen pronto. Pero todos somos conscientes de que lo difícil es cumplirlo, o sea, hacerlo realidad sin excusas. Por amor a la verdad, y por lealtad, exigimos que se cumplan los programas. Pues bien, ahí tenemos

un programa de vida, nada despreciable, pero tampoco nada del otro mundo, sino muy de éste, porque nos habla de hacer el bien («haz lo que debes») de modo contemplativo («está en lo que haces»).

Nos habla de ser capaces de amar lo que hacemos con una conciencia recta. La santidad no está en hacer cosas cada vez más complicadas, sino en hacerlas por amor, decía este santo, que también sabía que su amor venía de Dios, que era un regalo prestado.

Nosotros podemos votar unas cuantas veces en la vida y, aunque un voto nuestro no va a cambiar mucho el panorama nacional, es lo que está en nuestra mano hacer. Un pequeño deber, por amor, puede ser grande, y sus efectos benéficos, que empiezan en cada uno, pueden llegar bastante lejos.

Hay decisiones que nos transforman casi por completo. En este mismo tenor, el Papa Francisco comentaba recientemente que, un buen camino de santidad sería el de la persona que mantuviese su propósito de no hablar mal de nadie a sus espaldas.

«Se hará un poco más grande la lengua –bromeaba el Papa en su homilía–, pero vuestro espíritu será más santo en ese camino». La verdad es que una conducta así, por lo menos por estas latitudes, pondría el tema de la santidad bastante caro. Pero, ¿no es verdad que, manteniendo un propósito tan ambicioso, nos ahorraríamos muchos disgustos y dejaríamos más margen a la contemplación pacífica y a la comprensión de los demás?

A veces queremos hablar, y recurrimos a dar razones y explicaciones sin fin, porque olvidamos –incluso siendo personas con fe– un complemento necesario, nuestro deber de callar rezando. Cuenta el cardenal Robert Sarah, en su libro Dios o nada, que en el año 2011 fue enviado por el Papa Benedicto XVI a Japón, para acompañar a la población tras un fuerte seísmo y un tsunami en los

que habían muerto miles de personas. Dos meses después de esa visita, estando ya en Roma recibió la carta de una joven budista que le decía: «Tras el terrible tsunami en el que hemos perdido a muchos miembros de nuestra familia y casi todos nuestros bienes, quería suicidarme. Pero después de escucharle a usted en la televisión, después de la paz y la serenidad que recobré viéndole rezar por los supervivientes y por los muertos, y del impacto de su recogimiento y de su silenciosa oración junto al mar; después de su emotivo gesto de arrojar unas flores al agua en memoria de todos los que fueron engullidos por el mar, renuncio a suicidarme. Gracias a usted ahora he comprendido y sé que, a pesar de este desastre, hay alguien que nos ama, que vive junto a mí y comparte nuestro sufrimiento, porque debemos valer mucho a sus ojos. Ese alguien es Dios. A través del Santo

Padre y a través de usted he sentido su Presencia y su compasión. No soy católica, pero le escribo estas líneas para darles las gracias a usted y al Santo Padre Benedicto XVI por el inmenso consuelo que nos han aportado. Sé que, al igual que yo, otras personas han recibido [...]».

Son días que se prestan a hablar, a lanzar todo tipo de declaraciones y promesas. Eso no está mal, pero tampoco viene mal recordar esta otra faceta del deber de la convivencia, una forma algo más silenciosa y contemplativa de acercarnos a los demás.